

IN MEMORIAM SÉNECA CUMPLE DOS MIL AÑOS

GERARDO H. PAGÉS

Diversos ámbitos del humanismo convergen en el empeño de celebrar el nacimiento de uno de los máximos transmisores y suscitadores de ideas: Lucio Anneo Séneca. Por el año 4 a.C., en la Córdoba de Hispania Bética su progenitor, Séneca el Rétor, se enorgullecía con la llegada de ese segundo hijo, al que llevaría a Roma muy niño.

Como eran de desahogada posición económica –rica familia del orden ecuestre, dice Tácito– pudo el muchacho alcanzar en la urbe una esmerada educación, de la que fueron artífices gramáticos de tanto predicamento como Julio Galba, Musa y Julio Baso. Por sobre todo, el ambiente familiar le fue propicio, como que su padre sigue siendo hoy modelo, con sus *Suasorias* y sus *Controversias*, de cuanto enseñaban por entonces las escuelas de elocuencia. Tan sólo la frágil salud del joven constituyó impedimento para excesivos esfuerzos. Ella lo obligaría a viajes de descanso a Pompeya, a Egipto y, si hemos de admitir versiones inseguras, a regiones orientales de las que reportaría algunos de sus pensamientos trascendentes, si bien sometidos siempre a un estoicismo pragmático de cuño bien romano.

Ya en la carrera de los honores, alcanzaría la cuestura en los años 31 ó 32, época en que rozaba la fama por su elocuencia y por sus dotes de escritor, hasta el punto de suscitar los celos de Calígula, quien lo habría condenado a muerte si una cortesana no hubiera sugerido que la tisis privaría pronto al *princeps* de tan inquietante émulo. No fue así y, como tantos otros de débil carnadura, sobrevivió Séneca, escribió una biografía de su padre –muerto en el 39–, produjo *Consolaciones* para otros afligidos supérstites y soportó el exilio en Córcega por intrigas palaciegas a las que no era ajena la terrible Mesalina. Eliminada ésta, retornó a Roma en la primavera del 49 y pronto obtuvo la pretura, pues ya Agripina mostraba apego por ese consejero hábil a quien terminaría por confiar, junto con Burro, la educación de su Nerón, de doce años, quien, ascendido después al trono por los amaños maternos, mostraría que era hijo de tigresa. Ella, presunta dominadora de su engendro, sería

una de sus víctimas. Si hemos de creer lo transmitido por Tácito¹, el propio Séneca habría redactado el mensaje de Nerón al Senado para justificar el matricidio.

Muerto Burro en el 62, el prestigio del asesor omnímodo en la corte neroniana aumentaría al par de sus riquezas y de la envidia que todo ello suscitaba. Una campaña de rumores enfriaría sus contactos con el *princeps*. De poco le serviría al filósofo apartarse a un prudente retiro. Las intrigas y, finalmente, la denuncia de Antonio Natal lo involucrarían en una nunca bien demostrada conjura de Cayo Calpurnio Pisón para asesinar al tirano. Una muerte hermosa y trágica, narrada con detalle por ese mismo Tácito que en los entresijos de sus *Anales* no le habría ahorrado sombras, era el tributo obligado al juego de contrastes entre las lobregueces del autócrata y la limpidez del *bel morire*. De cualquier modo, las debilidades del consejero palaciego, comprometido en un régimen de mimetismos, ceden ante esa culminación con reminiscencias socráticas pero, sobre todo, dejan incólume el legado de su obra escrita, fecunda y multiforme.

Por algo San Jerónimo esmalta sus textos con múltiples citas de aquel “venerable Séneca” que, en siglos tardíos, aparece intercambiando apócrifa correspondencia con San Pablo. Aquí el filósofo se presenta como un cristiano que lleva a Nerón al conocimiento evangélico. Poco costaría imaginarlo así a quien aconsejaba a su discípulo Lucilio²:

Dios está cerca de ti, contigo, en ti. Sí, Lucilio, en nosotros mismos reside un espíritu sagrado, al que no se oculta nada de cuanto hacemos, bueno o malo.

O bien cuando habla *De la Providencia* y dice:

Sé que hay una ley fija, dictada por la eternidad, que rige el curso del universo [...] Debemos también soportarlo todo con buen ánimo, pues, contra lo que creemos, no hay accidentes, sino un simple camino.³

¹ *Anales* XIV, 11.

² *Epístola* 41, 1.

³ C. 5.

El ascetismo de los santos parece reforzado en los consejos del pagano⁴:

Reprímeme por lapsos de algunos días, en los cuales, satisfecho con alimentos tan humildes y pobres como puedas, con ropas rudas y ásperas, seas capaz de decirte: ¿Es esto lo que se teme?

Otros pasajes de sus diversos tratados confirmarían esas coincidencias, a las que *Notae Senecae*, apócrifas, agregarán un condimento de reflexiones cristianas. Algo similar puede decirse del *Liber de moribus*, colección de sentencias morales que corrían parejas con las de Catón y otros personajes célebres de la antigüedad pagana, en cuya elaboración ejercitaban sus ocios no pocos glosadores medievales. Por ello es para Dante el "*Seneca morale*"; por ello también la *Leggenda aurea* de Iacopo de Verazze, el *Roman de la rose* o el *Novellino* se detienen a narrar el fin dramático y ejemplar del filósofo, cuya figura, en la Edad Media, aparece confundida con la de su padre el retórico.

Vendrán después, con el humanismo renacentista, las lecturas directas de las *Epístolas a Lucilio* y de los tratados, y en ellas quedarán claras las diferencias entre el pensamiento antropocéntrico del estoico y las doctrinas transmitidas por revelación.

Ocioso sería enumerar las múltiples traslaciones a diversas lenguas. Más significativo es puntualizar la enorme influencia del senequismo en el pensar de los hombres de otrora y de hoy, pues si él no supo desprenderse de una circunstancia vital poco propicia, nos legó, como sobrada compensación, una doctrina raigal, conectada con el individuo, como propia de quien tuvo que vivir forzosamente y advirtió la necesidad de robustecer la vida interior, encaminándola hacia valores trascendentes. Nos asombra que, en medio de intrigas y esquivas cortesanos, haya podido conservar esa serenidad interior y esa pluralidad vital que nos transmiten sus reflexiones sobre *La constancia del sabio*, sus *Cuestiones naturales* y sus otras obras.

Mención aparte merecen sus tragedias (*Hércules furioso*, *Las Troyanas*, *Las Fenicias*, *Medea*, *Fedra*, *Edipo*, *Agamenón*, *Tiestes* y *Hércules en el Eta*). Menos discutida es hoy su autoría que el hecho de haber sido representadas en su época, así fuera en el círculo áulico de Nerón. De cualquier modo, la brillante etapa en que

⁴ *Epístola* 18, 5.

Plauto gozara del favor popular había ya pasado. El deslumbramiento de lo helénico, fruto de un primer estupor ante el contacto triunfal de los invasores latinos con el "milagro griego" del sud de Italia, había descaecido tanto como los gustos de un público que ya venía mostrando su desvío en épocas de Terencio en favor de representaciones circenses cada vez más salpimentadas con procacidad y bañadas con sangre. El propio Séneca insiste en señalar, dolido, las inclinaciones de ese vulgo del que Marcial da feroz testimonio en su *Libro de los espectáculos*.

Las tragedias de Séneca abundan en crímenes y escenas horrendas que parecen concebidas para la lectura o el recitado. Por más que admitamos que el dramaturgo pudo haberlas escrito con la intención de competir en gruesos atractivos con lo que se ofrecía en los anfiteatros, fácil es multiplicar ejemplos como el de Teseo recogiendo en escena los miembros dispersos de su hijo Hipólito, o el de cualquier otro de los personajes posesos a los que nuestro autor sigue en esos arrebatos de una crueldad apenas admisible para leída.

Larga consecuencia habría de tener esta empeñosa voluntad de quien, en hermosos versos y con imágenes que se deslustran en cualquier versión, quiso desarrollar en forma artística los planteos de sus tratados —pensamos en *De ira*— en que ilustra, con sabia gradación, procesos anímicos que llegan a lo patológico.

Estas piezas permanecieron más o menos soterradas hasta que el Renacimiento las retomó, las leyó en latín, las tradujo, las representó y las difundió por doquier. Soslayados a veces los clásicos griegos por las dificultades de la lengua, Séneca señoreó por toda Europa en el campo de lo trágico. A la traslación italiana de Dolce (1550) podemos agregar muy otras. La versión inglesa de las *Diez tragedias* (incluida la *Octavia*, de muy dudosa paternidad) realizada por diversos autores entre 1559 y 1581, provocó tal entusiasmo que contaminó la escena británica propensa, desde sus comienzos, a los temas violentos, así fuesen tomados de la vida real, como aquel drama en cinco actos titulado *Arden de Feversham* (1592), que narra en sus pormenores un horrendo episodio policial.

Shakespeare hizo de Séneca fuente de inspiración, ya por aquel estoicismo de que alardean sus personajes, ya por la delirante afirmación de la propia personalidad. Pero, sobre todo, lo notamos en la técnica, propia del teatro isabelino, con la aparición de personajes muertos que dictan sus voluntades (como en *Las Troyanas* y en *Hamlet*) y de hechiceras y seres furibundos (*Lady Macbeth*, *Medea*, etc.), en la versificación, en las réplicas cortadas y, sobre todo, en esos finales a todo crimen.

Paralelos útiles como los trazados por Gilbert Highet (*La tradición clásica*) se extienden a autores encabezados por Corneille, Racine, Metastasio o Alfieri. Para evitar nóminas excesivas, vayamos a los últimos decenios. Luego de la precursora *Medea* que, en versión de Miguel de Unamuno, resonó, en junio de 1933, entre las piedras del antiguo teatro de Mérida, eruditos y artistas han estimulado lecturas y representaciones. En 1953 y en Roma, Gassman supervisaba *Tiestes* y actuaba como Atreo. En 1967 Peter Brook, tal vez influido por el “teatro de la crueldad” de Antonio Artaud, vivificaba *Edipo*, en tanto Barrault presentaba *Medea* con Madeleine Renaud y Jorge Lavelli hacía lo propio con María Casares. La lista pecaría de abundosa e incompleta. Recordemos tan sólo que en 1992 el Teatro Nacional de Bucarest presentó en *Medea* en latín en el festival de Edimburgo. Detalles de tan plural recreación nos lo proporciona Filippo Amoroso en *Messa in scena di Seneca tragico*⁵.

La transmisión del pensamiento del filósofo cordobés en la península ibérica nos interesa señaladamente por su importancia intrínseca y por su repercusión en tierras de América. Fundamental en ese sentido es la obra de Karl Alfred Blüher, *Séneca en España* (Madrid: Gredos, 1983), que nos lleva por diversas etapas, desde aquella referencia de las *Partidas* en que leemos que “Séneca ouo nome un Sabio, que fue natural de Cordoua, e fablo en todas cosas mui con razon [...]”. Y así podemos seguirlo a través de Alonso de Cartagena, de Fernán Pérez de Guzmán, o del Marqués de Santillana, o de Juan Luis Vives, o de Antonio de Guevara. También lo veremos reflejado en la poesía religiosa. Larga lista de trabajos preceden al estudio del senequismo en Quevedo o en Gracián. Recordemos a Ángel Ganivet quien en 1897, en su *Idearium español*, afirmaba:

Es inmensa, mejor dicho, inmensurable la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral, y aun en el derecho consuetudinario, de España; en el arte y en la ciencia vulgar, en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no para mientes jamás.

Entre las versiones de sus obras completas, merece señalarse la de Lorenzo Riber, presentada en 1943. En ese mismo año, María Zambrano publicaba una antología con el título de *El pensamiento vivo de Séneca*, y en 1947 Luis Astrana Marín presentaba su *Vida general y trágica de Séneca*. En los últimos tiempos se

⁵ DIONISO (Siracusa). 1993; 2: ...

han multiplicado esos trabajos, que por momentos se airean en los vientos de la polémica.

Hoy son muchos los entregados al estudio de la obra de este hombre que vivió intensamente y que, superando debilidades, nos legó en sus escritos un ejemplo de conducta.

Evoquémoslo, pues, en la imaginación de un argentino, Juan Filloy, quien se complace en sentirse humorísticamente coterráneo del cordobés hispano (“Séneca, Maimónides, Averroes, Góngora, póker de cordobeses... y yo de comodín”⁶) y en situarlo entre un carmen de enredaderas y cipreses, inmerso en su *pax apathica*, semejante a la ataraxia que practicaba en su estoicismo fundamental:

Sí, soy Lucio Anneo Séneca. El 25 de abril del año 65 Nerón ordenó mi muerte. Mas el crimen no pasó de la carne baldía. Mi final quedó lleno de luz, sin otros duendes que los que dibujan las nubes desde afuera. Algunas desde entonces sin poder morir. Porque la paradoja de mi vida es ser inmune a todas las intemperies del olvido.”

⁶ *España en el Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1992. T. 1, p. 141.